

CARADEAMAPOLA Y EL PALO DE LLUVIA
CUENTO PARA SER LEÍDO EN VOZ ALTA DE
ADULTO A NIÑO O NIÑA O VICEVERSA

Nela Escribano



EIRENE EDITORIAL

© Caradeamapola y el palo de lluvia: Nela Escribano
Cedido en 2011 para uso no comercial a Eirene Editorial «El club Eirene»

ÍNDICE

CARADEAMAPOLA Y EL PALO DE LLUVIA

Capítulo I	3
Capítulo II	7
CAPÍTULO III	9
CAPÍTULO IV	13

CAPÍTULO I

Caradeamapola era una niña como todas las niñas de su edad. Tenía ochenta y cuatro lunas llenas y cuatro cuartos crecientes. Le gustaba oler las flores en primavera, meter los dedos en el agua cuando estaba fría porque parecía que sus manos eran mágicas y sus dedos se doblaban solos. Era muy risueña y siempre estaba colorada porque era muy tímida.

Su abuela Coladeplata, así llamada por llevar una larga y bellísima coleta de color blanco, le contaba que cuando la vio por primera vez, iba envuelta en un paño de color verde y cuando ella lo apartó para verle la carita, estaba tan colorada que parecía una amapola recién nacida. A partir de ese momento su nombre fue Caradeamapola.

Todas las mañanas se levantaba con la cara sonrojada y como todos los niños de su aldea, y del mundo, creía ella, iba al riachuelo a darse un baño, pero siempre iba pensando dónde viviría ese color rojo de sus mejillas tan indiscreto, si detrás de las orejas, si entre el pelo, si debajo de la lengua... porque si lo supiera podría hablar seriamente con sus orejas o con la raíz de su pelo y pedirle que no se pusiera roja de esa forma tan descontrolada. Los otros niños a veces la miraban raro, después le hacían bromas y eso no le gustaba. Quería ser como ellos que casi nunca se avergonzaban de nada.

Una noche cuando Caradeamapola estaba acostada escuchó que su abuela hablaba bajito con alguien más. Tenía mucha curiosidad y se levantó a beber agua, una excusa perfecta para ver qué pasaba. Su abuela estaba sentada junto al fuego y hablaba muy seria con una mujer, la chamana de la tribu, la persona que conocía los secretos de las plantas para curar y que se comunicaba con los espíritus de la aldea. Cuando Caradeamapola fue a por agua vio que la vasija donde se almacenaba estaba casi vacía. Últimamente

siempre estaba igual y su esquina favorita del riachuelo, donde a ella le gustaba bañarse, ahora era solo barro y en ella vivía una rana chiquitita y verde brillante a la que Caradeamapola le llevaba mosquitos para comer. En esas estaba, pensando en su amiga la rana, cuando la chamana Vientofloreado –así llamada porque siempre llevaba flores en el pelo, un pelo rizado que parecía flotar como las hojas de los árboles con el viento– y Coladeplata la miraron a la vez con mucha seriedad. Por supuesto la niña se puso aún más colorada y miró al suelo sin decir nada.

Entonces Vientofloreado, le dijo a la niña

—Siéntate aquí con nosotras. Tengo algo muy importante que decirte.

La abuela asintió con la cabeza y cerró los ojos por un instante. La chamana prosiguió:

—Caradeamapola, sabes que la aldea está preocupada porque nos estamos quedando sin agua. De nada sirven las lágrimas de los mayores, ni nuestros rezos. El agua parece que se quiere esconder en la tierra y no salir a la superficie. Así como el color rojo está siempre presente en tus mejillas y no se oculta dentro de tu cuerpo, el agua se queda en el cuerpo de la madre tierra y no sale a la superficie. Esta noche, mientras dormía, la madre tierra me ha hablado. Me ha dicho: «Busca a una niña que tenga el color de mi cuerpo, tendrá que abandonar la aldea hasta encontrar la puerta del agua. Hasta que esa puerta no se abra, no volverá a llegar el agua a la aldea».

—Querida niña —continuó la chamana—, tu rostro tiene el color de la madre tierra, rojo intenso, eres la elegida para devolver de nuevo el agua a la aldea.

¿Qué podía hacer?. Se puso roja como un tomate, justo lo que no deseaba, porque no quería dejar a su abuela sola en la casa, ni su aldea, ni su nueva amiga Ranaverdebrillante. Cuanto más intentaba serenarse era peor, tenía ahora rojas la punta de las orejas, la nariz y hasta la barbilla.

—Cuando estés preparada para tu viaje, yo te ayudaré a emprender el camino. Estamos en tus manos, la madre tierra ha hablado.

Después de decir esto, la chamana, se levantó, abrazó a la abuela y a esta se le escurrió una lágrima que fue a caer al suelo para evaporarse en segundos. Caradeamapola lo vio. ¿Sería verdad que el agua se escondía esperando que ella abriera la puerta para dejarla salir?

Cuando se quedaron las dos solas la abuela se tumbó junto al fuego y le hizo un gesto a la niña para que fuera a dormir con ella. El fuego jugaba, cambiaba de color y hacía ruido, ajeno al problema de su hermana agua que echaba de menos la aldea y la risa de los niños cuando jugaban con ella.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente, la niña se encaminó a la casa de la chamana. Estaba un poco preocupada porque no había entendido nada. *¿Dónde iba a conseguir el agua para la aldea?* Si los mayores de la tribu habían hablado con los espíritus y no habían conseguido nada *¿Por qué ella iba a encontrar la puerta del agua?* Solamente sabía que esa misma mañana su abuela le había regalado una flauta recién tallada para que cuando la echara de menos pudiera tocarla, que ya se encargaría el hermano viento de transportar su música hasta la cabaña.

Al llegar a la casa de Vientofloreado la puerta estaba abierta. Ya la estaba esperando. Le entregó una cesta de mimbre y le dijo:

—Aquí tienes todo lo que necesitas para tu viaje: hierbas para curarte las heridas, carne seca, una cantimplora, un pedernal, un plato y lo más importante un machete y unas caracolas, ellas te indicarán el camino en caso de necesidad.

Caradeamapola miró el machete con algo de miedo, brillaba mucho y en su hoja se reflejó el rubor de su cara.

—No te preocupes, sigue a tu corazón y nada te pasará. El machete te será útil y te indicará el camino a la llave. La madre tierra me lo ha dicho —terminó de decirle la chamana.

¿Un machete? ¡Un machete no es una llave! pensó la niña.

Cuando Caradeamapola salió de la casa, con el olor a flores del cabello de la mujer impregnado en su nariz, decidió ir al riachuelo a jugar por última vez con Ranaverdebrillante. Esta la reconoció enseguida y saltó sobre su mano. Caradeamapola dejó caer una lágrima sobre ella y ese día la rana comió mosquito con lágrima salada, lo cuál le debió de gustar mucho porque no había quién la bajara de la mano de Caradeamapola. Finalmente ya sin mucha paciencia porque no quería emprender el camino de noche le enseñó la cesta a la rana. Con la mirada le explicó que si quería

quedarse tendría que meterse allí para ir protegida del sol y del calor.

¿Sabéis qué pasó?. Ranitaverdebrillante saltó y con un triple salto mortal con rizo se colocó dentro de la cesta. Allí se acurrucó entre las hierbas, junto a la cantimplora y se durmió. Caradeamapola, bebió un poco de agua, tragó saliva y comenzó su camino.

Llegó la noche y vio un árbol a lo lejos, caminó apresurada para encender un fuego con alguna rama que estuviera a su alcance antes de que llegara la noche cerrada y como si fuera una mujer de la aldea y lo llevara haciendo toda la vida, pidió permiso al hermano árbol para cortar unas ramas, las justas para su fuego, y las cortó con su machete.

Cuando el fuego estaba encendido puso agua en el plato y le indicó a la rana que saltara. Ranaverdebrillante, inexplicablemente, le hacía caso y parecía entenderlo todo. Caradeamapola le dio un mosquito para comer, de esos que jugaban con el fuego despistados, ella comió un poco de carne seca y tapándose con su mantita verde, aquella con la que su abuela la vio la primera vez, ambas se quedaron dormidas.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente se despertó con el sonido de un pájaro cantando en una rama de un árbol, tenía sed y buscó la cantimplora pero ¡casi no quedaba agua! ¿Qué había pasado?. Por la noche con el cansancio no la había cerrado bien y alrededor de ella había un charco de agua del que se estaba aprovechando la rana para darse su baño matutino. Caradeamapola con preocupación cerró la cantimplora y recogió el campamento para seguir camino. Ranaverdebrillante volvió a su lugar entre las hierbas frescas de la cesta y de nuevo comenzaron a andar siguiendo el rastro de unos neumáticos que a la niña le parecían la piel de dos serpientes gemelas resecaadas por aquel sol que parecía no gastarse nunca.

Pasadas unas horas la cara de la niña dibujó una sonrisa. ¿Por qué? Pues porque había visto a lo lejos, junto a las huellas resecaas de las dos serpientes, un montón de cactus y ella bien sabía, porque se lo había enseñado su abuela, que los cactus guardan en su interior el tesoro más grande que tiene la madre tierra, el agua.

Caradeamapola de repente notó mucho calor en su cara y recordó cómo la chamana le había explicado que a su cara llegaba la sangre de su interior y por eso se ponía colorada. Por ese motivo había sido la elegida para ir a buscar la puerta del agua que permitiera salir a las venas de agua de la madre tierra a su superficie y no solo recorrerla por el interior. En ese momento no sabía si le gustaba mucho la idea porque estaba sola, con la ranita sí, pero sin su abuela, con sed, calor y muy sucia por el polvo del camino.

La supervivencia de la aldea dependía de ella, le pareció una carga demasiado pesada y se puso a llorar un poquito, pero finalmente se envalentonó, llegó hasta el cactus que estaba bastante reseco en una parte y tras pedirle permiso al hermano cactus cortó con su machete una rama para tomar su agua. La niña sabía que ese tipo de cactus era comestible. Aquello fue una fiesta, pudo

lavarse la cara, beber, guardar agua en su cantimplora y hasta hacer un poco de barro, con tierra y agua para su amiga. Pero no podían quedarse allí para siempre. Con un puñado de cactus comestibles no conseguiría resolver el problema de la aldea.

Como aquella noche no podrían hacer fuego, decidió cortar una rama ya seca del cactus y quitarle los pinchos. Le serviría como bastón para apoyarse, eso lo había visto hacer a los mayores de la tribu y ella siempre había querido tener uno, pero le decían que tenía que ganárselo cuando fuera más mayor. Decidió que era el momento de tener su propio bastón, no solo para apoyarse sino para ahuyentar a los animales que pudieran molestarla a ella y a su ranita.

De nuevo cenaron cada una su menú. Carne seca para Caradeamapola y mosquito fresco para Ranaverdebrillante. La noche era una noche estrellada de luna llena y como empezaba a echar de menos a su abuela, le tocó un poco la flauta muy concentrada porque quería que el hermano viento tuviera la amabilidad de llevar su sonido hasta su aldea. A la mañana siguiente cuando despertó vio que una flor del cactus había caído junto a ella y recordó entonces las flores del pelo de la chamana. Le dio las gracias al árbol, al viento que seguro había llevado su mensaje a la aldea y se puso en marcha, llevándose algo de la carne del árbol para comer.

Desde aquel día, pasaron muchas noches en las que dormían siempre junto a un árbol o a la vera de una colonia de cactus.

Una tarde, aparentemente igual que las demás, habían encontrado un gran árbol al que le había pedido permiso como siempre para cortar una de sus ramas. Caradeamapola estaba un poco triste y tenía ganas de sentir un abrazo de su abuela, de esos que te dejan con ganas de dormir. La rana cantaba sin parar como si intentase consolarla. Desde que salieron de la aldea y gracias a los cuidados de la niña, Ranaverdebrillante había crecido mucho y al atardecer se ponía a cantar hasta bien entrada la noche. ¡Vaya dúo que hacían, ella con la flauta y la ranita con su canto!

Como la tristeza continuaba, Caradeamapola no se lo pensó y le dio al árbol un abrazo con toda su fuerza y este a cambio agitó

sus ramas envolviéndola en una dulce brisa. Ya más tranquila se preparó para dormir dejando su bastón apoyado en el árbol.

Por la mañana se despertó muy asustada por un gran ruido de agua pero cuando se despidió lo único que vio fue a la rana junto al bastón caído en el suelo. La niña miró a la rana confundida preguntándose dónde estaba el agua, se levantó, caminó alrededor del árbol y ¡nada!, pero la rana no se movía de su sitio junto al bastón, ni cuando la llamó para desayunar

—¡Qué raro! No tendrá hambre. —Pensó.

Recogió el campamento y cuando levantó su bastón del suelo escuchó el ruido del agua corriendo dentro de él. ¡Vaya susto! Tan grande que soltó el bastón y sigilosamente cogió su machete. Con mucho cuidado movió el palo, con miedo de que hubiera algún animal dentro. Pero no, estaba sellado como cuando ella lo fabricó y de nuevo la brisa de la noche anterior pasó por su cara... y dicen los contadores de historias que nadie sabe qué ocurrió pero que de repente, Caradeamapola cogió el palo y cantó. Cantó sin parar durante horas, golpeando su bastón contra el suelo para escuchar el ruido del agua y abrir así la puerta del agua que, sin lugar a dudas, tendría que estar allí junto al árbol de los abrazos mágicos. La rana saltaba, la flauta sonaba porque el viento pasaba a través de ella haciéndole muchas cosquillas y mientras el árbol se agitaba. Entonces, milagrosamente, comenzó a llover y a llover y a llover y llovería durante días y noches.

Al cabo de unas horas de bailes y canciones Caradeamapola se sentó en el suelo y dijo:

—Madre tierra, gracias por compartir tu tesoro con nosotros. Guardaré la llave del agua hasta el fin de mis días y lo llamaré «palo de lluvia» porque dentro contiene el agua que nos rodea en el suelo, el río y las nubes.

Finalmente había llegado el momento de volver a casa. ¿Pero, cómo?. La niña rebuscó en su cesta de mimbre y encontró las caracolas. Recordó las palabras de la chamana y agitándolas entre las manos las tiró al suelo. La mayoría se quedaron acumuladas por donde el sol se pone. Esa era la dirección a seguir para volver a la aldea. Ahora ya no tenía miedo, ni hambre, ni mucho menos sed.

Durante días y noches desanduvieron el camino hacia la aldea. Por el día cuando caminaban podían ver el suelo cada vez más verde, del color de la rana, de su manta, y en su pelo la flor de aquel cactus parecía estar cada vez más bonita. Finalmente un día divisó a lo lejos su aldea y se le ocurrió entrar en ella tocando su flauta. Unos niños avisaron a los ancianos y todos juntos fueron a recibirla. En sus manos llevaban amapolas en como signo de respeto hacia la niña y tenían los ojos llenos de agua pero eran lágrimas de felicidad.

Entonces Ranaverdebrillante, que no era muy amiga de las aglomeraciones, saltó de la cesta y saltando y croando volvió a su charca. Bueno, es un decir, porque la charca se había convertido en un pequeño lago. Así que tuvo que buscarse otra casa entre unas piedras redondas y oscuras, brillantes por el agua.

Esa misma noche todos bailaron, cantaron, tocaron los tambores, las flautas y hasta unas sonajas hechas con calabazas secas. Todo para dar las gracias a la madre tierra. Toda la fiesta fue presidida por el palo de lluvia que también se agitó alegremente al pasar por las manos de todos.

CAPÍTULO IV

Durante la fiesta Caradeamapola se sentó junto a su abuela a descansar, y en la noche estrellada miraba satisfecha a su pueblo libre ya de la tristeza por la falta de agua.

Hasta la chamana se reía y en los ojos de la abuela se podía apreciar un brillo especial y una sonrisa, su queridísima nieta ya era una mujercita sabia y debía seguir su camino. Aquella noche al ir a acostarse juntas cerca del fuego, Caradeamapola vio una hermosa manta con todos los colores del arco iris. Era un regalo de su abuela. La había estado tejiendo desde el día de su partida y le contó que alguna noche cuando tejía junto al fuego, le venía un eco lejano de una flauta y dormía tranquila sabiendo que la madre naturaleza estaba cuidando bien de su nieta. Sin embargo, la niña aunque feliz por estar en casa con su manta nueva, por saber que la esperanza había vuelto a la aldea, también se sentía un poco melancólica y finalmente dijo.

—Abuela, creo que ha llegado el momento de tener mi propia cabaña. He decidido construirla junto a la charca. Vigilaré que el agua no falte, cantando a la madre tierra, con mi flauta, con mi voz, con el palo de lluvia, pero también quiero ayudar a la aldea fabricando utensilios de barro hecho de tierra roja como mi cara y agua clara como la lluvia.

Así lo hizo y los mismos contadores de historias dicen que desde aquella misma noche empezaron a aparecer en todas las cabañas palos de lluvia que hasta hoy son agitados en las reuniones de la aldea para honrar a la madre tierra. Además los niños, en estos encuentros tan importantes, se pintan coloretos con barro, hecho de tierra y agua de lluvia, para agradecer a Caradeamapola su valentía.

Y colorín, colorado, el palo de lluvia nos ha hablado.



Estimad@ lectora o lector, te agradecemos haber elegido nuestra compañía. Deseamos que, en estas páginas, hayas encontrado los dones que te ofrece la Diosa Eirene, paz, amor, alegría, y que ellos te acompañen siempre en tu camino.

www.eireneditorial.com